haciéndome una seña de inteligencia, que parecía quererme decir: «Estad alerta», anunció al Marqués de la Rivonniere.

III.

El Marqués se presentó con naturalidad, con la misma cortesía que si se hubiera marchado la víspera en las mejores relaciones del mundo.

Mr. Diétrich estrechó su mano, como siempre, pero observándole fijamente. Cesarina, que se había ya cansado de veras de sus homenajes, le dijo con tono de marcada frialdad:

—¡No esperaba volveros á ver!

—No me había desterrado á perpetuidad—respondió con una ironía semejante á la que había sorprendido á Beltrán, y de la que éste me había dado cuenta.

—No habéis sido desterrado de aquí—repuso Cesarina.—Puede que yo os haya manifestado mi disgusto al observar en vos alguna demostración ofensiva para mi decoro; pero con los amigos antiguos es fuerza ser indulgente, y yo nos hubiera desterrado. Vos habéis desaparecido; no es la primera vez que esto sucede, pero en otras

ocasiones os habéis tomado el trabajo de motivar vuestra ausencia, lo cual era conservar el derecho de volver. Esta vez habéis prescindido de esa atención y habéis dejado de vernos porque así os agradaba; volvéis ahora sin razón ninguna, y yo, que no gusto de semejantes alteraciones, quiero saber si las personas que en mi casa recibo son amigas ó enemigas. Si están en el último caso, vivo en guardia, y por esa razón deseo saber con qué ánimo volvéis á esta casa. Tened franqueza, pero ya sabéis que mi carácter no es de los que toleran inconveniencias.

Aturdido de recibimiento semejante, el Marqués trató de justificarse. Dijo que había enviado una tarjeta de despedida, lo que no era cierto, y como no sabía mentir, asomaba al rostro su confusión, su despecho.

Mr. Diétrich, que había guardado silencio, tomó la palabra y dijo:

—Señor Marqués, deberíais confesar que habéis venido á buscar una explicación, que yo fuí á pediros esta mañana. Os habéis fingido ausente y no habéis salido de París; lo mismo que mi hija estoy en el caso de exigir que motivéis vuestra desaparición, mucho más, que yo sé cosas que ella ignora, como, por ejemplo, que la vigiláis, que os

habéis erigido en espía suyo, y aunque queráis disculpar tan extraña conducta con la pasión ó con el despecho, es tiempo de que pongáis un correctivo para bien de todos.

—Pues bien—dijo entonces el Marqués—lo confieso francamente; me he conducido como un espía, como un miserable, siendo castigado con toda la vergüenza de mi falta, puesto que los dos la conocéis. Pero no sois vos, Mr. Diétrich, quien debe reprochármela tan duramente: yo he hecho lo que deberíais haber hecho vos y que de seguro no hacíais porque ignorabais los peligros á que vuestra hija se exponía.

—¡Os engañáis, caballero! Estoy mejor informado que vos, y sabía que ninguna de las acciones de Cesarina encerraba peligro para ella.

En cambio sé que os habéis propuesto impedirle la elección de marido, y como está en su derecho al hacer esa elección, estoy yo aquí para hacérosla respetar. Vos sabéis que yo he lamentado sinceramente no veros unido á ella; pero hoy no lo lamento, al veros faltar de un modo tan palpable á la dignidad, y os declaro que no variaré de este propósito aunque me lo exijáis con excusas ó con amenazas.

—No oiréis de mí ni lo uno ni lo otro—replicó

el Marqués: me retiro á mi casa y en ella espero las órdenes que os plazca darme.

—Muy bien—exclamó Cesarina en cuanto salió el Marqués;—al fin has hecho respetar á tu hija.

—¡Desgraciada!—exclamé yo vivamente—nunca piensas más que en tí; ¿no comprendes que el término de esa explicación es un duelo, y que tu locura coloca á tu padre enfrente de una espada sostenida por un hombre ofendido por tí?

Cesarina palideció, y arrojándose al cuello de su padre, dijo:

—Eso no es verdad: ¡dime que no es verdad, ó me muero!

—No, no es verdad—repuso Mr. Diétrich;—nuestra buena amiga exagera las situaciones. Si Mr. de la Rivonniere se atiene á lo dicho, ha terminado el incidente; si no.....

—¿Qué, padre mío? ¡Habla! ¡mira que me vuelves loca!

—Tranquilízate, hija mía: yo soy joven aún, y en materias de honor un hombre vale tanto como otro. Yo haría mal en quejarme de tu conducta cuando no he sabido imponer mi autoridad para guiarte por el camino de la prudencia; fuerza es aceptar hoy las consecuencias de mi condescendencia contigo y las acepto.

Desprendióse dulcemente de los brazos de su hija, y salió.

Cesarina quedó verdaderamente anegada en llanto, jurando una y mil veces que no volvería á salir sola, para no exponer á su padre á responder de sus excentricidades.

Cumplió, en efecto, su palabra durante unos días.

Hablé á Beltrán, advirtiéndole que no llevase ninguna carta de Cesarina sin darnos noticia de ella á su padre ó á mí.

Para él Cesarina era la mejor de la casa, y si alguien podía disipar la tempestad que se iba formando en torno nuestro, era él, porque comprendía lo que no se le explicaba y era el único que sabía todos los pasos que daba Cesarina.

Á pesar de su fidelidad por ella, fué vencido por mis razones, y tres días después me trajo una carta de Cesarina, dirigida al Marqués de la Rivonniere, rogándome al mismo tiempo que pidiese su cuenta á Mr. Diétrich.

—Yo no he vendido nunca á mis amos—añadió—y vos me habéis obligado á una mala acción; la señorita no tendrá ya confianza en mí, y yo no puedo permanecer en una casa donde me miren con desconfianza.

Yo no sabía qué hacer. Aquel hombre tenía razón. Era tarde para contener á Cesarina, y quitarle su agente más fiel era exponerla á mayores imprudencias.

Devolví, pues, la carta á Beltrán, y aguardé á que Cesarina viniese á referirme su contenido, porque era raro que no acudiese á pedir consejo, después de haber obrado según su capricho.

No vino, y mi ansiedad fué en aumento. Ya no temía yo por mí sobrino; estaba segura de que Cesarina no le había vuelto á ver. Temía por Mr. Diétrich, á quien la conducta del Marqués había irritado con exceso, y que no parecía de ningún modo dispuesto á perdonarle.

—Al día siguiente, Cesarina entró en mi cuarto, diciendo:

—Voy á salir. ¿Quieres venir conmigo?

—Sin duda—la dije—y no comprendería que quisieras salir sin mí, después de las circunstancias en que has colocado á tu padre.

—No me riñas; he resuelto reparar mis faltas, cueste lo que cueste, y tú juzgarás.

—¿Á dónde vamos?

—Te lo diré cuando hayamos salido.

Se habían dado de antemano las órdenes al cochero por Beltrán. Bajamos todos los Campos

Elíseos sin que Cesarina quisiera explicarse, y por fin, en la plaza de la Concordia, me dijo:

—Vamos á comprar flores á la calle de las Tres Coronas, en casa de Lemichez.

En efecto; nos apeamos en los jardines de este horticultor donde Cesarina compró algunas plantas raras. Á las tres miró su reloj y á los pocos minutos vimos entrar al Marqués de la Rivonniere.

—He aquí precisamente á uno de mis amigos —dijo Cesarina al dependiente de la casa que nos acompañaba.—En su carruaje y en el mío nos llevaremos las plantas elegidas; que vayan trasladándolas, y vos en tanto hacedme la cuenta. Quiero pagarla en el acto.

Estábamos en la estufa de las Camelias, y allí vino á reunirse con nosotras el Marqués.

—Gracias, amigo mío—dijo Cesarina tendiéndole la mano;—habéis acudido á mi cita comprendiendo que yo no podía poneros en presencia de mi padre hasta nueva orden. Sentaos en este banco; estamos aquí perfectamente para hablar.

—Marqués—dijo Cesarina—he reflexionado sobre mi conducta, la he condenado y quiero confesároslo á vos. Yo no os he engañado porque no os he tenido amor, no ocultándoos que tenía una

aversión marcada por el matrimonio. Era sincera al decirlo, y creía que el amor á mi independencia no se apagaría nunca en mí, pero me engañé; la sociedad me ha enojado, me ha cansado mi libertad, y he visto á un hombre que me ha agradado, un hombre con el que no me casaré quizá, que acaso no sabrá nunca que le amo, pero al que me es imposible dejar de amar. ¿Qué queréis que os diga? Me creía una mujer fuerte, y soy una niña débil; tanto más débil, cuanto que no creía en el amor, que, al atacarme, me ha encontrado indefensa. Hoy me domina una pasión que me mata de vergüenza y de pesar, porque para colmo de desdichas, no es correspondida. Si vos deseabais una venganza, ya estáis satisfecho, porque estoy harto castigada; pero la falta es mía, sólo mía. No os he comprendido, os he juzgado mal, y hoy las faltas que vos cometéis son obra mía; os he exasperado, os he arrojado en una especie de delirio que hubiera podido evitar diciéndoos desde el primer día:

«¡Amigo mío, soy muy desgraciada! ¡Tened piedad de mí!»

Al hablar así con una emoción que la hacía admirablemente hermosa, Cesarina se inclinaba como si fuera á caer á los pies del Marqués, y éste,

conmovido, fuera de sí, lo impidió, exclamando:

—¿Qué hacéis? ¿Estáis loca? ¿Queréis matarme? ¿Qué exigís de mí? ¿Á qué decirme que abrigáis una pasión, cuando yo os creía simplemente entregada á un nuevo capricho. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué exigís de mí?

—¡Lo que vuestro corazón y vuestra conciencia os dictan!—exclamó con vehemencia Cesarina, estrechando la mano del Marqués entre las suyas.—Quiero que me perdonéis mi ingratitud, mi silencio; quiero recordaros aquellas palabras que me dijisteis: «¡Confesad vuestro amor por otro, y seré vuestro amigo!» Porque entonces era vuestra caballerosidad quien hablaba. Yo no os comprendí, y mi castigo ha sido que me toméis por una niña caprichosa, que no me hayáis creído capaz de una pasión, descendiendo para convenceros á medios vergonzosos para los dos. Ahora que me véis tal cual soy, que me confieso víctima de una pasión y no de un capricho, sed generoso á vuestra vez; tratadme como á una hermana, y no me déis el triste dolor de perder á mi mejor amigo en el instante que tengo más necesidad de él.

Sus miradas, sus apretones de manos, acompañaban á estas palabras, y el Marqués fué vencido.

—Me matáis—dijo;—pero aun así, beso la mano

que me hiere. ¡Ah! ¡Conocéis vuestro imperio sobre mí! ¿Qué es lo que queréis? ¿Que vaya á echarme á los pies del ingrato que os desdeña y á suplicarle que os adore?

—¡Dios mío! ¿quién trata de eso? ¡Si él llegase á adivinar mi pasión, me moriría de vergüenza! No, lo único de que trato es de que me aceptéis con este amor desdichado en el corazón; que me améis lo bastante para ir á pedir perdón á mi padre de las faltas que os atribuye; ha creído que queríais perderme con un escándalo. Decidle que teníais derecho sobre mí, acusadme, justificaos y dejadme reconciliaros. No es difícil: ¡mi pobre padre os ha querido tanto! ¡Sufre tanto por la cuestión que ha tenido con vos!

El Marqués vacilaba en admitir ese segundo compromiso; pero Cesarina lloró tanto y tan bién, que el Marqués prometió ir aquella misma noche á disculparse, y fué en efecto.

Cesarina me había exigido silencio respecto á esta entrevista tan hábilmente preparada, porque quería que el Marqués se presentase como espontáneamente.

Yo me negaba á engañar á Mr. Diétrich.

—¡Aún te quejarás!—exclamó.—Pues creo que todo lo que he imaginado para preservar la vida

de mi padre, debería parecerte sublime de abnegación, de sagacidad. Si hubiera seguido tus consejos; si me hubiera mantenido recogida en casa sin hacer lo que tú llamas imprudencias, el enojo de esos dos hombres hubiera sido de fatales consecuencias. Ahora, gracias á mí, se querrán más que nunca, y podrás vivir tranquila respecto á tu sobrino. El Marqués no es tan caballeresco como le he dicho, pues tiene accesos de tigre bajo su aire seductor; pero creo que lograré transformarle, y algún día me lo agradecerá. Cuando no se puede combatir á una fiera, se la engaña, se la encarcela. Cometí una falta el día en que perdí con él la paciencia, y es muy justo que la repare.

Mr. Diétrich, sorprendido por la visita del Marqués, aceptó sus excusas y su arrepentimiento con toda la efusión que había previsto Cesarina.

El pobre Marqués estaba pálido, y en su rostro se leía la lucha que había tenido que soportar. Sin embargo, su condescendencia daba gran peso al juramento hecho de respetar la libertad de Cesarina y ser su amigo. Mr. Diétrich le abrazó; Cesarina estrechó su mano, y sentándose al piano, tocó las piezas que el Marqués prefería. La sensibilidad de éste se desarrolló, sus nervios se dilataron y las lágrimas humedecieron sus párpados.

—Ya veis, señorita — me dijo Beltrán, después que hubo partido el Marqués;—si hicisteis bien en dejarme llevar la carta. La señorita se pinta sola para arreglar las situaciones desesperadas; ha pensado, ha querido, ha escrito, ha hablado, y todo se acabó. Es un poco ligera; pero no hay otra como ella.

No había otra en efecto. Cesarina no era profunda en sus astucias ni en sus crueldades; pero era fecunda en recursos y hábil para emplearlos. Penetrábase del papel que quería representar y de todas las emociones que expresaba, y creía salvar á los otros, arrojándolos al fondo, para quedarse ella en la superficie.

Como vemos, seguía siendo dueña de la situación; había arrastrado á su padre á aceptar de nuevo al Marqués; había paralizado la venganza de éste; me había hecho á mí ceder en mi resistencia, y no le restaba más que vencer la de Pablo. Todas las fuerzas de su voluntad se reconcentraban para llegar á este punto.

—¿Qué piensas hacer—le dije;—¿vas á provocar de nuevo los malos resultados de tus primeros pasos?

—He hecho una prueba—repuso,—y me ha salido mal; ensayaré otra; no sé cuál; pero espe-

raré la ocasión, que se presentará, no lo dudo. La casualidad es el socorro imprevisto de la voluntad que aguarda una ocasión para aprovecharla.

Esta fatal ocasión llegó en efecto, pero en medio de circunstancias muy complicadas.

Margarita no había ocultado á Pablo la visita de Cesarina, y le había descrito bastante bien la persona para que aquél la reconociese al punto. Me pidió informes y le confesé la verdad; lo supo todo; pero nos cuidamos mucho de no hablar delante de Margarita, cuyos celos se hubieran encendido.

Pablo se mostró entonces delicado, reservado en extremo, y se reía cuando yo le interpelaba directamente. Por fin, una tarde que me acompañaba á paseo, le dije que fuera franco y me dijese de una vez lo que pensaba.

—¿No lo he hecho ya?—me dijo.—¿Por qué suponer que he variado de voluntad ó de sentimientos?

—Porque las circunstancias cambian; porque no eres enteramente dichoso con Margarita y no estás ligado á ella con un lazo indisoluble; su suerte y la de su hijo están aseguradas, y no tienes por qué sacrificar á una mujer á quien no amas el brillante porvenir que otra te ofrece.

—Tía, vos desconocéis el sentido de la palabra amar. Amo á Margarita como amo á mi hijo: primero, porque me ha dado ese niño, y después porque es una niña á su vez. La amo con esa indulgencia tierna que no da las violentas emociones del amor romántico, pero satisface á los corazones honrados. Esas pasiones violentas, necesarias en otro, no son precisas en mí; mis nervios están tranquilos siempre; mi cerebro no es romántico, y mi idea no es una quimera como en la mayor parte de los hombres. Para mí, el encanto de una mujer no consiste en las excentricidades de una voluntad firme, sino en el abandono generoso de su fuerza. La dicha completa no existe en el mundo. Yo he tomado la que estaba á mi alcance; la he adoptado á mi gusto, cuento con conservarla, y desafío á Mlle. Diétrich á que me persuada de que ella me la ofrecería más completa. Si á pesar de eso lograse hacer vacilar mi resistencia, sabría resistir á la tentación; y si me veía en peligro, tomaría un gran partido; me casaría con Margarita.

—¡Casarte con Margarita!..... Eso es imposible.

—Es difícil, pero no imposible; sé que esta unión lastimaría vuestro orgullo, y por eso no me resolveré á ella sino en último caso.

—¿Qué llamas último caso?

—El peligro de caer en una humillación peor que la de dar mi nombre á una joven cuyo pasado tiene una sombra: el de sufrir el dominio de una mujer imperiosa. Margarita no hará nunca burla de mis sentimientos; estoy seguro del presente, y no me preocupo del pasado. El hombre que la arrastró á una falta, no existe ni para ella ni para mí, y puede decirse que le aniquiló al rehusar sus socorros y no querer saber qué ha sido de él. Así, pues, puedo saber que no soy su primer amor, en la seguridad de que he de ser el último.

Pocos días después de esta conversación, encontré á Margarita muy contenta. No sentía gran deseo de hablar con ella, pero como tenía todas las semanas que ver á una amiga en su vecindad me informaba al paso del pequeño Pedro. Aquel día Margarita tenía un gran encargo de encajes que componer, y reconocí al punto un envío de Cesarina.

—Esa linda dama amiga vuestra—me dijo—me ha enviado este trabajo; ha venido esta mañana á pie, seguida de su criado con galones de oro, y aquí ha permanecido en conversación conmigo más de una hora; me ha dado buenos consejos para la salud del niño, que sufre de la dentadura; se ha informado de todo lo que me concierne; es un ángel de bondad, y puedo aseguraros que me arrojaría al fuego por ella. No ha querido decirme su nombre. ¿No me lo diréis vos?

—No, puesto que ella no quiere decirlo.

—¿Y Pablo lo sabe?

—Lo ignoro.

—¿Por qué hacer un misterio de él? Sin duda es una dama muy caritativa que gusta tener callado el bien que practica.

—Y decidme, Margarita, ¿tenéis absoluta necesidad de esa labor?

—¡Ya lo creo! no tenemos que hacer, y Madame Ferón es orgullosa; sufre mucho creyéndose una carga para Pablo; éste hace por nosotras más quizá de lo que puede; pero en cambio gasta sus botas hasta que da lástima mirarlas, y me causa pena ver las economías que se impone.

—Pues bien, aceptad algo mío y no le seréis á él tan gravosa.

—Me lo ha prohibido y he jurado no desobedecerle; pero esta labor ya es otra cosa; es de una persona desconocida; la paga bien, doble de lo que le hemos pedido, y no es cosa de perderla; toda la guarnición de un tocador para pasarla á otro fondo. Cuando se la devuelva sobre papel de color de rosa, ¡ya veréis qué linda!

—Pero toda esa obra de tanto precio parece representar una limosna, y estoy segura de que Pablo no os la vería aceptar con gusto.

—No lo sabrá. Esta caridad es sobre todo para Mad. Ferón, que es la más necesitada; por ella la he tomado, y vos no querréis impedir á esa pobre mujer que gane para su subsistencia, ni Pablo tiene derecho á impedirlo.

Creí deber callar, pero vi que la batalla estaba empeñada de nuevo y que Cesarina se apoderaba de Margarita para manejar mejor la situación.

Al día siguiente experimenté una nueva sorpresa, encontrando á Margarita en la antecámara de Cesarina, porque había recibido de ella este billete que me mostró:

«Mi querida niña: he olvidado un detalle importante para la compostura de los encajes; es preciso que toméis las medidas, y para ello os impongáis la molestia de venir; os envío carruaje.

La dama de los encajes.»

—¿Y Pablo ha consentido?—la pregunté.

—Pablo había ya salido para su oficina, y yo no he reflexionado un momento. ¡Como que me mandaba su carruaje! ¡un carruaje todo forrado

de raso como el vestido de una princesa! Apenas me atrevía á sentarme en él temiendo estropearlo. ¡Ah! ¡puedo aseguraros que no he sido nunca más feliz!

Cesarina, que se estaba vistiendo, hizo decir á Margarita que entrase, y yo la seguí.

—¡Hola!—me dijo:—¿te interesas en nuestros pequeños negocios? No hay medio de ocultarte nada. Quería sorprenderte renovando mi tocador, según tu consejo. Hija mía, ved este mueble; tomad exactamente la medida del contorno de la mesa, para ajustar á ella la guarnición, sin costuras; aquí tenéis papel y tijeras; que esté la medida exacta.

—Pero, señora—murmuró Margarita fijando su vista en el tocador cubierto de alhajas—decidme al fin dónde estoy. ¿Sois reina ó princesa?

—Ni lo uno ni lo otro, ni siquiera de cuna más noble que vos. Mis padres han ganado su fortuna trabajando, y por eso me intereso tanto por las personas que viven de su trabajo; pero ya es inútil que os haga un misterio que destruye la presencia aquí de la señorita de Nermout. Soy Cesarina Diétrich, una persona enteramente antipática á vuestro amante Pablo.

—Pues no lo comprendo; sois muy buena, muy cariñosa.....

—Os habrá dicho todo lo contrario, ¿no es verdad?

—No, no me ha dicho nada; pero sin duda os encontró demasiado adornada la noche del baile, y como él es tan humilde en sus gustos..... Os conoce poco y debéis perdonarle.

—No creo que os ha encargado—dije con alguna severidad á Margarita—que le disculpéis.

Me miró con asombro; pero entonces Cesarina la tomó por el brazo y la enseñó su habitación y toda la parte de palacio que ella habitaba. Divertíase con su asombro, con sus preguntas cándidas y separándola así de mi influencia, la fascinaba desempeñando con ella el papel de Mefistófeles, semejante al que persiguió á la otra Margarita de la leyenda.

Viendo que Cesarina estaba resuelta á evitarme por el momento, dejé su cuarto, donde retuvo á Margarita largo rato, acompañándola después ella misma hasta su carruaje; al atravesar el salón se encontraron con el Marqués de la Rivonniere, teniendo allí lugar una extraña escena que debía ser seguida de consecuencias graves.

—Buenos días, Marqués—dijo Cesarina—os esperaba. ¿Venís á almorzar con nosotros?

En aquel momento, y como el Marqués se adelantase á besar la mano de su soberana, encontróse frente á frente con Margarita, que la seguía.

Quedóse inmóvil, aterrado, y Margarita, menos serena que él, lanzó un grito y retrocedió.

—¿Qué es eso?—dijo Cesarina.

—¡Julio!—exclamó Margarita señalando al Marqués con extravío como si hubiera visto un espectro.

El Marqués había recobrado ya su imperio sobre sí mismo y dijo sonriendo:

—¿Qué Julio? ¿de quién habláis?

—¿No os llamáis Julio?—murmuró la joven confusa.

—No—dijo Cesarina—estáis engañada por algún extraño parecido. Se llama Santiago, Marqués de la Rivonniere. Venid, hija mía..... Marqués, vuelvo.

Y se la llevó.

—Es vuestra pobre abandonada—dije yo al Marqués;—no lo neguéis.

—Sí, es ella; ¿la conocéis vos?

—Sí, es casi la esposa de mi sobrino. ¿No lo sabéis? ¿vos que tanto habéis rondado en torno de su casa?

—Lo sabía desde hace algún tiempo; pero no podía esperar encontrarla aquí. En nombre

del cielo, no digáis á Cesariña que ese Julio soy yo.

—¿Pensáis engañarla?

Cesarina volvía y su primera palabra fué preguntar:

—Decid, Marqués, ¿por qué esa joven os llama Julio? No ha sabido nunca quién erais, por lo visto. Jura que el que la engañó era un estudiante, y á pesar de vuestro aire aristocrático, se empeña en que ahora es cuando me engañáis, en que no sois Marqués. Decididamente todo esto debe encerrar una historia interesante. Contádnosla antes del almuerzo, Marqués.

—¿Queréis burlaros de mí?

—No, pero temo encontraros muy culpable y teneros que reconvenir.

—Entonces permitidme callar.

—No—exclamé.—Preciso es confesarlo todo; mi sobrino piensa en casarse con Margarita, y á mí me interesa saber hasta qué punto es culpable, y si realmente dice la verdad al asegurar que ha rehusado vuestros dones.

—Entonces hablaré, ya que ella ha tenido la imprudencia de hablar.

Refirió cómo en una de las ocasiones en que había querido curarse del amor de Cesarina, había vagado como un loco por las cercanías de París

pensando casi en el suicidio; entonces había tropezado con aquella niña cuya belleza le había sorprendido, y que maltratada por su madre, se había dejado fácilmente robar. Para no comprometerse se había atribuído el primer nombre que le ocurrió fingiéndose un pobre estudiante; había alquilado una modesta casa de campo, donde iba á ver á la joven secretamente y con aspecto apropiado á su mentira. Dijo que Margarita era modesta y que no tenía más afán que casarse con él por pobre que fuese. Aquella unión había durado unas cuantas semanas. Un negocio de interés le había llamado después á Normandía, y sabiendo que Cesarina estaba en Trouville había ido allí, recrudeciéndose de nuevo su pasión al verla; entonces había enviado á Dubois, su criado de confianza, á que dijese á Margarita que Julio Morin se había casado, y la entregase una cartera con cincuenta mil francos que ella arrojó al rostro del portador exclamando:

—Me ha engañado en todo, puesto que es rico; le desprecio; decídselo así y que no pienso volver á verle jamás.

Dubois creyó no deber apresurarse á transmitir la respuesta á su señor, tanto más que éste estaba en Lieppe con Cesarina, y sólo al cabo de tres